

P R E S E N T A C I Ó N

Los artículos que se reúnen en la presente obra resumen los resultados de investigación del Proyecto UBACyT de Urgencia Social S.708: “Jóvenes excluidos: políticas activas de inclusión social a través del trabajo y la capacitación comunitaria”, dirigido por Agustín Salvia, durante el período 2004 - 2006, en el marco del programa “Cambio Estructural y Desigualdad Social” del Instituto de Investigaciones Gino Germani de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires. Se suman a esta obra dos artículos de colegas investigadores externos al proyecto, que trabajan sobre la temática y cuyos aportes consideramos valiosos y agradecemos.

Una vez más el Programa a través de este proyecto de investigación se ha constituido en un espacio de construcción de conocimiento científico, en el que por un lado, becarios CONICET y UBACyT han podido desarrollar sus trabajos de tesis; y por otro lado, pasantes y asistentes han acompañado e iniciado un proceso de formación.

Los proyectos de Urgencia Social están dirigidos a la producción de conocimientos vinculados a la satisfacción de necesidades de grupos vulnerables y a la atención de problemas sociales. En este caso, se abordó la problemática de la exclusión juvenil a través de un estudio de caso, que tal como se describe en la introducción y en muchos de los artículos, se realizó en un Municipio del Conurbano Bonaerense, en espacios territoriales con elevado porcentaje de hogares con necesidades básicas insatisfechas. Es así que se agradece muy especialmente y en primer lugar, a los muchos jóvenes que participaron de estas investigaciones respondiendo encuestas, ofreciéndonos sus relatos de vida, y participando de las discusiones grupales. Agradecemos a las organizaciones barriales que nos dieron sus espacios para reunir a los jóvenes, y a los funcionarios que nos abrieron las puertas de un municipio para que observemos, preguntemos, nos informemos y desarrollemos nuestra actividad con libertad.

Por último, agradecemos a todos los investigadores, asistentes y pasantes que participaron de este proyecto, a Claudia López y Mónica Kirchheimera por su apoyo en el trabajo de campo, y al equipo de investigadores que colaboraron en la tarea compilación y corrección, integrado por Pablo Molina Derteano, Vanina van Raap, Victoria Salvia Ardanaz y Ianina Tuñón. Especial reconocimiento merece Federico Schuster, actual decano de la Facultad de

Ciencias Sociales, y Carolina Mera, actual directora del Instituto de Investigaciones Gino Germani, en ambos casos por su confianza y apoyo a nuestra labor científica.

INTRODUCCIÓN: LA CUESTIÓN JUVENIL BAJO SOSPECHA

Agustín Salvia

La condición juvenil es concebida como un momento de definición y formación de capacidades personales que implican una etapa de transición biológica, económica, social y cultural hacia la edad adulta. Se afirma que los logros a los cuales acceden los jóvenes de una generación permiten pronosticar las posibilidades de progreso futuro de una sociedad. Si esto es así, cabe la pregunta: ¿cuál es el futuro que permite proyectar el presente de nuestros actuales jóvenes?

Desde nuestra perspectiva, la respuesta es ampliamente negativa, y no porque haya algo especial en la condición juvenil que impida una mirada más optimista del futuro del país. Los problemas de inclusión juvenil no son más complejos y no son de exclusiva propiedad. En realidad, más aún, no les pertenecen. Justamente, el interés central de esta obra es explorar la hipótesis –para la Argentina al inicio del siglo XXI- de la continuada presencia de condiciones estructurales y político-institucionales que hacen posible –a la vez que necesario- la reproducción de juventudes socialmente excluidas en clave de una desigualdad socio-económica y socio-cultural mucho más general.

Actualmente, la “cuestión juvenil”, ya sea por la extensión de los problemas de desempleo y desafiliación social ha logrado instalarse en las agendas en diversos ámbitos de la vida pública. En este sentido, el problema no escapa a los procesos de construcción social de los temas de agenda. Sin duda, se trata de un problema complejo en donde se incluyen para su diagnóstico y explicación factores de diferente índole. En general, los jóvenes constituyen un grupo poblacional especialmente afectado por la dinámica de la globalización. A la vez que, si embargo, son ellos –se afirma- los que presentan mejores condiciones educacionales y permeabilidad frente al progreso técnico (Tockman y O’Donnell, 1999; Weller, 2003; Tockman, 2003). En el caso argentino, son numerosos los estudios que coinciden en señalar que los jóvenes constituyen un segmento poblacional especialmente afectado por los cambios ocurridos en el sistema productivo y la crisis de las instituciones públicas y

sociales que tradicionalmente mediatizaban sus mecanismos de integración a la vida adulta (Salvia y Miranda, 1997; Jacinto, 2002; Salvia y Tuñón, 2003, Tuñón, 2005).

Si bien en los trabajos que aquí se presentan se utiliza reiteradamente el término “jóvenes” de manera genérica, el sentido real del término no debe entenderse dissociado de las diferencias de condiciones económicas, educativas, laborales y relacionales que generan diferentes tipos “sociales” de jóvenes. Los jóvenes que forman parte de hogares pobres o de clases medias empobrecidas, constituyen para nuestro estudio especiales casos testigo que ponen de manifiesto las contradicciones del régimen económico y las limitaciones del sistema político para hacer frente a los verdaderos desafíos que demanda el desarrollo. Este abordaje implica estudiar con detenimiento los procesos de segmentación educativa, laboral, socio-residencial e, incluso, político-institucional que golpea negativamente a una mayoría de jóvenes de sectores sociales pobres y marginados por el progreso económico.

En este marco, esta introducción procura presentar al lector los temas de preocupación, elementos de análisis y contenidos que vinculan los trabajos reunidos en esta obra. En tal sentido, resulta en primer lugar necesario dar cuenta del modo en que la propia investigación fue abandonando sus preconceptos acerca de la cuestión juvenil, a favor del estudio de los jóvenes insertos en el campo más amplio de los problemas que plantea la pobreza y la desigualdad social. En este contexto, cabe hacer una revisión crítica de los principales diagnósticos e intervenciones que movilizan actualmente la agenda pública y que tienen a los jóvenes como objeto de sus políticas. Por último, se ofrece un breve resumen de los trabajos reunidos en esta compilación.

JUVENTUDES: TODAVÍA LEJOS DE SER UN DIVINO TESORO

Hasta antes del último cuarto del siglo XX, el progreso en nuestro país se encontraba todavía confiadamente garantizado a través de la educación de los jóvenes. A mayor formación educativa, era de esperar una más próspera carrera laboral y mayor movilidad social. El pasaje por la escuela primaria era una garantía de entrada al mundo del trabajo y de autonomía económica. Los jóvenes de hogares pobres lograban así enfrentar los escollos de una sociedad que comenzaba a cambiar radicalmente. El problema es que para los jóvenes de hoy, el panorama educativo, laboral y de vida es muy distinto. Los jóvenes actuales cuentan con más años de educación que los de la generación anterior, pero esto no

quiere decir que estén mejor educados. Las condiciones económicas, sociales y culturales de enseñanza y aprendizaje son otras (Tenti Fanfani, 2007).

En un marco general de mayor debilidad de la institución escolar, el aspecto crítico que más se destaca es que la educación se ha constituido en un mecanismo eficiente de reproducción de pobreza y desigualdad. Los hogares pobres envían a sus hijos a escuelas para pobres, y por lo mismo, estos jóvenes tienen como destino trayectorias laborales y de vida empobrecedoras. Son ellos los últimos refugiados de la exclusión. La capacitación extra escolar tampoco les garantiza mucho. Al menos, esta y otras investigaciones lo van demostrando. En cambio, los hijos de sectores profesionales y económicamente más aventajados logran escalar en el proceso de formación, pero también en el de credenciales y en las relaciones sociales de privilegio. Todo ello garantiza para una minoría de jóvenes un porvenir de progreso, plenamente integrado a la sociedad de la información y de las nuevas tecnologías. Por motivos “no paradójicos” –aunque sí “chocantes”-, las últimas décadas de años de democracia no sólo no han revertido esta situación sino que la han agudizado. Muy lejos de las promesas realizadas, ser hoy joven de un hogar pobre o, incluso, de sectores medios bajos, haya o no podido transitar con éxito por el sistema escolar –incluso habiendo terminado la educación media–, no habilita una plena ciudadanía. Por el contrario, son altas las probabilidades de caer en un círculo de desaliento, malas oportunidades laborales, menores derechos, bajas expectativas y escaso o nulo porvenir.

Son estos algunos de los hallazgos sociológicos que presenta este libro. Pero, ¿qué es lo que nos ha movilizado a emprender este trabajo? Sin duda, mucho el interés de conocer más a un grupo de la población que cada día más es el fundamento –o argumento- de prolíferas y, seguramente, muy bien intencionadas políticas educativas, laborales, asistenciales y de promoción comunitaria; así como de cuánto discurso político –oficial o de oposición- haga referencia al futuro que nos espera como sociedad. Ahora bien, vaya desilusión. Si bien podemos decir que así comenzó esta investigación, muy lejos está de haber sido –tal vez, es este el principal mérito de la misma- el punto de llegada.

Los actuales jóvenes argentinos –transcurrida más de la mitad de la primera década del nuevo siglo- no logran conformar un grupo, ni mucho menos un actor social. A pesar de que la residencia no sea en la actualidad una condición de identidad, no sólo los que han

emigrado sino también los que se han quedado enfrentan la fragmentación de mundos sociales y culturales, a tal punto que nada indicaría que viven en un mismo país. Muy lejos del ideario liberal de la educación universal como igualadora de oportunidades, cuestiones simples como lograr aprender o acceder a un empleo dependen mucho más de condiciones “adscriptas” que de facultades “adquiridas” por los jóvenes. Justamente, frente a esta realidad, las políticas públicas dicen mucho y hacen poco. La agenda pública está cargada de discursos hacia los jóvenes, y no sin presupuesto, financiamiento internacional, normas legales y novedosos programas de intervención, unidades ejecutoras especializadas, funcionarios poli rubros y especialistas de toda naturaleza, etc. Sin embargo, los jóvenes, no dejan de ser una excusa, y sus problemas, un argumento. Todo en función de otros objetivos, ideas e intereses poco explícitos –o, al menos, poco explicitables-, pero en última instancia, justificables como política de Estado. Obviamente, descubrimientos de esta naturaleza resignificaron el problema con preguntas mucho más provocadoras que las que estaban contenidas en su versión original, más directa y francamente comprometida con asistir a la “cuestión juvenil”.

De esta manera, con menos ingenuidad aunque no sin algunas nostalgias, la investigación logró ingresar al campo sociológico. Es decir, al estudio de la construcción social de la realidad, en medio del risible y a la vez cruel mundo de la política, procurando desnudar símbolos que de manera poco explicable forman corrientes de opinión y hacen historia. Si esto es así, ¿por qué nuestro particular interés en los jóvenes? Entre otros motivos, debido a que las políticas implementadas durante la década pasada y la actual, así como el actual crecimiento que atraviesa la economía del país –después de la crisis 2001-2002-, constituyen un excelente laboratorio social. Es decir, también nosotros, usando como excusa la realidad “juvenil”. No porque ella no contemple problemas, sino porque su problematización fue haciendo posible el estudio de diagnósticos indecibles, de políticas públicas descartables, de manejos institucionales oscuros, de prácticas sociales y mundos culturales muy poco conocidos; todo lo cual poco tenían que ver en sí con el hecho de ser o no joven.

Si bien al inicio del proceso disponíamos de una gran masa de información estadística secundaria sobre los jóvenes –de origen censal y de las encuestas oficiales de hogares-, optamos por generar datos primarios elaborados a partir del contacto más directo con los

mundos de vida y los actores involucrados. Una parte relevante del proyecto centró su interés en un Municipio del Conurbano Bonaerense (ampliamente reconocido por su mayor calidad institucional), en donde tendría lugar entre 2005 y 2006 –entre otros lugares del país- la implementación del Programa Nacional de Inclusión Juvenil, “Programa Incluir”, a cargo de la Dirección General de Juventud del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Es sobre este escenario socio-político y socio-económico que la investigación emprendió la iniciativa de profundizar en el estudio observacional, estadístico y experimental de los jóvenes, sus contexto de vida, las políticas y sus actores.

En cuanto al desafío metodológico implicado en este proyecto, cabe señalar que la mayor parte de los trabajos que componen esta obra presentan tanto las virtudes como los límites propios de los estudios de casos, más abocados al hallazgo y la validación de hechos que a la búsqueda de generalizaciones o explicaciones causales. En este sentido, hemos apostado a que la investigación micro social sea capaz de cumplir su mejor papel, atendiendo al descubrimiento de nuevas realidades y, por lo tanto, sirviendo a una revisión crítica de los supuestos a partir de los cuales se abordan determinados problemas. A la vez, no menos relevante es destacar que este “sentido de orientación” no se diluyó sino que por el contrario se profundizó en aquellos trabajos que utilizaron recursos estadísticos, o que, incluso, siguieron cuidadosos diseños experimentales; en cualquier caso, haciéndolo con alto rigor metodológico y particular originalidad.

De esta manera, el principal valor de los trabajos que ofrece esta compilación reside en aportar evidencias que obligan a poner en duda una amplia gama de discursos oficiales o académicos en temas de juventud, cuyos supuestos –así como los hechos que predicen- no lograron respaldo empírico. Por ejemplo, cabe exponer a la crítica afirmaciones tales como que las diferencias de educación son el principal motivo que explican el éxito o fracaso de las trayectorias laborales de los jóvenes; o, que la exclusión social de jóvenes de hogares pobres que no estudian ni accede a un empleo tiene su explicación en la falta de competencias y vínculos laborales, y que, por lo tanto, son la intermediación y la capacitación profesional las mejores acciones a emprender para resolver el problema.

Hasta donde sabemos, el proceso social es siempre un sistema en conflicto, significado de manera ideológica por los sujetos y actores participantes, abierto a una construcción social

interesada, a la vez multifacética y polivalente en cuanto a las consecuencias de su desarrollo. Un orden frente al cual para su reconocimiento, y con el objeto de no vernos engañados por propias o ajenas expectativas, resulta conveniente –siguiendo las recomendaciones de R. Boudon (1984)- que las evidencias específicas sobre procesos emergentes sean priorizadas por sobre las representaciones generales del fenómeno tomado en su sentido global.

Es frente a afirmaciones como las anteriores -tan del “sentido común” como “absolutas”- que la investigación sociológica novedosa puede encontrar un campo propicio de legitimación y hacer un aporte original al desarrollo social a través de la generación de conocimiento científico; y, mucho más, cuando como en este caso, se aborda el estudio de lo real “simbolizado” combinando diferentes estrategias de indagación: observaciones controladas de casos, análisis de discursos, procedimientos estadísticos y experimentos sociales. En tal sentido, no está demás reiterar la advertencia para el lector desprevenido de que mucho más que diagnósticos y soluciones, lo que esta investigación aporta son nuevos problemas, o, al menos, nuevas formas de significar viejos problemas cuando el tema son los jóvenes y las políticas públicas que los tienen como argumento.

LA INSOPORTABLE LEVEDAD DE LOS DIAGNÓSTICOS SOBRE JUVENTUD

A lo largo de la historia humana la juventud ha sido reconocida como una etapa específica del ciclo de vida de las personas, pero los rasgos sociales de esta especificidad han variado dependiendo del contexto económico, político y cultural de cada época. Si bien la edad biológica constituye una base material de esta definición, el concepto de juventud sólo adquiere sentido en cada tiempo, espacio y contexto histórico particular. Desde esta perspectiva, la edad -significada por la cultura- designa tanto un conjunto de estatus y funciones socialmente estructurados como la pertenencia a una generación de valores y modos de ser aparentemente compartidos. En este sentido, Bourdieu (1990), señala que la edad -como marco de referencia de los ciclos de vida- es un dato biológico socialmente manipulado y manipulable, lo cual pone en evidencia el peso simbólico que existe con relación a los valores socialmente construidos (Criado, 1993; Margulis y Urresti, 1996).

Por lo mismo, algunos estudios que abordan el estudio de los jóvenes cuestionan el alcance del concepto mismo de juventud (CEPAL, 2004; Braslavsky, 1986a; Margulis y Urresti,

1996; Martín Criado, 1993, 2000), y coinciden respecto de la necesidad de evitar referirse a ella como un grupo social, una categoría, un todo homogéneo, y en general optan por reconocer diversas “juventudes”. En este marco, se afirma que la diferenciación social es actualmente uno de los dispositivos centrales en la configuración de los modos de construcción y reconocimiento de la condición de juventud, y, por lo tanto, en la definición social de los modos en que se es y se vive como joven¹.

En nuestro estudio, en coincidencia con esta perspectiva, también creemos que no corresponde hablar de “una juventud”, sino de “distintas juventudes”. Pero tal diferenciación nos interesa de manera prioritaria –al menos en esta oportunidad- en tanto expresión de las profundas desigualdades de “clase” que emergen de las condiciones económicas y sociales de los hogares a los cuales los jóvenes pertenecen. En cuanto a la noción de “clase”, no cabe abundar demasiado dada la extensa cantidad de trabajos que han dado cuenta de la relevancia teórica y empírica que presenta este concepto para explicar procesos, condiciones de vida y comportamientos sociales (ya sea a nivel de agregados individuales o de hogares).² Con respecto a la referencia hecha sobre la dimensión doméstico-familiar asociada a la situación de los jóvenes, la misma presenta justificación tanto en estudios anteriores (Salvia y Tuñón, 2004; Tuñón, 2006), como en importantes investigaciones regionales de la CEPAL/OIJ (2004), la CEPAL (2005) y el BID (2003, 2007), las cuales han encontrado en la condición socio-económica de los hogares un determinante central de los diferentes problemas de inclusión social que afectan a los jóvenes.

Sin embargo, cabe observar que no es este en general el tipo de reconocimiento que siguen la mayoría de los diagnósticos académicos e institucionales que sirven como argumento a las agendas públicas de los países de la región. Por el contrario, la mayoría de los mismos

¹ Siguiendo esta perspectiva, Margulis y Urresti (1996) señalan -como marco a sus propios estudios de caso- que si bien el concepto de juventud no puede ser reducido a un signo ni a los atributos “juveniles” de una clase, esto no implica desconocer que el concepto es un objeto privilegiado de producción y consumo cultural, con fuerte diferenciación en términos de clase social, género, etc.

² En este trabajo se emplea la noción de "localización de clase", tal como dicho concepto ha sido trabajado por Giddens (1979), Bourdieu (1979) y Przeworski (1982). Para estos autores, el concepto de "clase" tiene una funcionalidad explicativa que remite a la forma en que se estructuran las relaciones sociales en un contexto histórico particular. La localización de clase es vista por ellos como una "estructura de capacidades de negociación", como un "sistema de trayectorias, propiedades y disposiciones que orientan las prácticas", o como una "estructura de opciones compartidas". Para un mayor desarrollo, ver Salvia (1995).

se refieren a los jóvenes como un grupo social, una categoría homogénea, y optan por afirmar la existencia de una única y particular “problemática juvenil”; a la vez que tienden a abordar el problema de manera segmentada, es decir, a partir de dimensiones aisladas o parciales de la vida social o cultural de los jóvenes, casi siempre desligadas de las condiciones materiales y simbólicas que conforman su “*habitus*” de clase (p.e la situación socioeconómica familiar, el espacio vecinal, la inserción escolar, las redes sociales, etc.)³.

En procura de un primer reconocimiento de este tipo de sesgo que ofrecen los diagnósticos oficiales, cabe a continuación exponer algunos de los argumentos en los que de manera explícita o subyacente se basan los mismos, así como las principales líneas de políticas que a partir de ellos se sugieren. Esta objetivación del problema nos permitirá luego esbozar algunos comentarios críticos y reformulaciones en clave de omisión manifiesta o contrariedad generada por las evidencias empíricas obtenidas tanto en éste como en otros estudios.

(a) Un argumento ampliamente utilizado para explicar la problemática juvenil en la región es que no son posibles mejoras en la inserción educativa y laboral de esta población si no existe un entorno macro-económico favorable capaz de asimilar los cambios educativos y culturales que operan sobre ella (OIT, 2004; Weller, 2003, 2005; CEPAL/OIJ, 2004; Tokman, 2003; Schkolnick, 2005). Distintas teorías y estudios desarrollados en el campo económico y socio-educativo muestran que el crecimiento sostenido y la mayor escolaridad contribuyen a promover el empleo a través de diferentes vías. Se parte de la idea de que existe una relación directa entre los niveles de demanda agregada de empleo que puede generar una economía y las calificaciones de los trabajadores⁴. Se afirma que el acceso a un trabajo de calidad se abre paso a través

³ Desde el punto de vista del análisis, la "clase objetiva" se define -de acuerdo con Bourdieu (1979)- "como el conjunto de agentes que se encuentran situados en condiciones de existencia homogéneas que imponen condicionamientos homogéneos y producen sistemas de disposiciones homogéneas, apropiadas para engendrar prácticas semejantes, y que poseen un conjunto de propiedades comunes, propiedades objetivadas, a veces garantizadas jurídicamente (como la posesión de bienes o poderes), o incorporadas, como los hábitos de clase." (p: 100). El autor entiende por "hábitus de clase" una forma incorporada de la condición de clase y de los condicionamientos que esta condición impone. Pero también el hábitus es (en tanto estructura estructurante) es un sistema de disposiciones con componentes inconscientes que orienta las prácticas de los sujetos y confiere a las mismas una coherencia no intencional.

⁴ Al tiempo que se argumenta que cuanto mayor son los niveles de escolaridad, mayor también será la productividad agregada del sistema económico (Guasch, 1996; Llach y Krist, 1997; Attanasio y Székey, 1999).

de una demanda selectiva que se comporta de manera sensible a los ciclos económicos, siendo los jóvenes el sector más vulnerable frente a los mismos⁵. Según este enfoque, una parte importante del problema juvenil en América Latina tendría su fuente en el débil e inestable crecimiento económico experimentado por la región durante los últimos veinte o treinta años, lo cual habría rezagado la inversión en materia de educación tanto a nivel de las empresas como de las familias y del propio Estado. Obviamente, desde esta perspectiva, la principal recomendación en materia de política es promover un crecimiento económico elevado y estable como precondition para lograr una demanda que favorezca la inserción de los jóvenes.

(b) En forma más específica, no pocos diagnósticos señalan que es en el contexto de los procesos de globalización, cambio estructural y cambio tecnológico donde los jóvenes han pasado a registrar un mayor riesgo de desempleo y subempleo, destacando que ello se debe a que no cuentan con las competencias educativas necesarias para ocupar los puestos que demandan las empresas (BID, 1998, 2005; Huneus, 2003; Schkolnik, 2003, 2005; Weller, 2003, 2006). Estos argumentos de uso ecléctico pero de raíz neoclásica han servido para destacar –en particular en el caso argentino- que el cambio técnico inducido por la globalización estaría provocando un sesgo en la demanda a favor de la mano de obra más educada, y que el déficit de educación y capital humano que experimentarían amplios sectores juveniles es lo que explica su elevado desempleo (Llach y Krist, 1997; Llach, Montoya y Roldán, 1999; Decibe, 2000). Ante esto se sugiere ampliar la cobertura y reformular los contenidos de la oferta educativa, sobre todo en el nivel técnico y profesional, para lo cual las reformas educacionales y los programas de formación profesional que vinculen la oferta educativa con las demandas de mercado constituyen un fundamental primer paso.

(c) De manera complementaria al enfoque anterior, también se afirma que las “malas” políticas laborales son también responsables de los problemas de empleo que afectan a

⁵ Desde esta perspectiva se tiende a hacer foco en la dinámica del mercado de trabajo y plantear que los costos laborales serían una variable de ajuste regresiva para los jóvenes: por un lado porque se evalúa que los costos laborales en términos relativos son altos con relación a la productividad que registra un joven en el comienzo de su carrera laboral como consecuencia de su falta de experiencia; y por otro lado, en contextos de crisis o volatilidad de las economías, son justamente los jóvenes los primeros despedidos por los menores costos afectados al tener menor antigüedad y costos sociales (Weller, 2005).

los jóvenes (Banco Mundial, 2005; BID, 1998, 2003, 2005). Desde esta perspectiva, las regulaciones laborales, la falta de incentivos para su capacitación y contratación, las dificultades que tienen las pequeñas y medianas empresas para acceder a los programas de promoción del empleo, etc., resultan factores de peso que agravan el problema. Se afirma que a igual condiciones, las empresas prefieran contratar personas con mayor experiencia, en parte debido a los mayores costos de entrenamiento y capacitación que requieren los recién ingresados. En este sentido, la normativa genera un conjunto de inequidades al poner en igualdad de condiciones al buscador de primer empleo con el resto de los trabajadores adultos, cuyo perfil y trayectoria están suficientemente definidos. Ante esta situación, los especialistas demandan una mayor flexibilización laboral, así como mayor inversión por parte del Estado en la capacitación subsidiada y en procurar mecanismos de intermediación laboral accesibles a los jóvenes.

- (d) Una cuarta línea de diagnóstico subyacente en la definición de las políticas refiere a que el desempleo juvenil tiene como sustrato un factor estructural de tipo socio-demográfico, no fácil de reconocer a simple vista, frente al cual –paradójicamente- poco se puede hacer. Se argumenta que si tomamos en cuenta la proporción de las personas que buscan empleo por primera vez, la duración de la búsqueda y la proporción de ocupados y cesantes recientes, se puede concluir que los jóvenes no presentan mayores problemas de empleo que los adultos (Martínez, 1998; Weller, 2003, 2005). Según este análisis, las mayores tasas de desempleo entre los jóvenes se explica por el mayor peso relativo que presenta la masa de población joven que pasa en un mismo momento a la actividad, así como también debido marginalmente a la mayor tasa de rotación entre empleo y desempleo que presenta este grupo. Según este enfoque, el problema no deviene de esta “sobre oferta” –la cual constituye casi una situación natural⁶- sino de cuando estos buscadores por primera vez de empleo no disponen de una demanda capaz de absorber en forma inmediata este requerimiento. En tal caso, corresponde proveer de mecanismos de información, intermediación e incentivos para la contratación a favor de

⁶ Confirmando esta tesis, cabe observar que las diferencias entre las tasas de desempleo de jóvenes y adultos no han experimentado cambios significativos durante las últimas décadas, sino variaciones absolutas dependiendo fundamentalmente del desenvolvimiento macro económico. A ello cabe sumar dos procesos sociales de sentido contrario: por una parte, la creciente incorporación de mujeres al mercado de trabajo en edades jóvenes; y, por otra parte, la tendencia a postergar por parte de los jóvenes el ingreso al mercado laboral al mismo tiempo que logran extender su permanencia en la escuela o universidad (Weller, 2003).

los jóvenes, o generar políticas capaces de retener más tiempo a los jóvenes en el sistema educativo o en programas de formación profesional.

- (e) De manera complementaria al diagnóstico anterior, se afirma que los jóvenes expresan aspiraciones respecto de su inserción económica, laboral y social que no se corresponden con las vacantes que ofrece el mercado de trabajo, lo cual dificulta su ingreso al primer empleo⁷. Como consecuencia de esto tienen un período de búsqueda más largo, mayor inestabilidad y tasas más altas de desempleo y rotación que los adultos (Tokman, 2003; Huneus, 2003; Weller, 2003, 2006). Con igual sentido, también se sostiene que el desajuste entre expectativas y posibilidades concretas de empleo afecta la valoración que los jóvenes hacen del trabajo (Weller, 2006). En esta misma línea, se argumenta que los problemas de integración juvenil tienen también una raíz cultural. Los jóvenes enfrentan la tensión entre sus preferencias culturales y las pautas exigidas por el mercado de trabajo, así como por la opinión pública. Ellos perciben procesos de exclusión a causa de su edad y sus modos de ser, mientras que las empresas parecen valorar la experiencia y no aceptan tales expresiones culturales, las cuales son percibidas como amenazas a sus negocios. Frente a estos hechos, los especialistas recomiendan adoptar medidas para un acercamiento más temprano de los jóvenes al trabajo, durante el período escolar, capaz de suavizar el impacto psicológico de la transición (visitas a empresas, visitas de empresas a los colegios, programas de pasantías, el apoyo a trabajar durante las vacaciones, etc.), así como políticas de educación de la opinión pública y anti discriminatorias favorables a los jóvenes.

Un denominador común a la mayor parte de los argumentos arriba discutidos es que hacen caso omiso al hecho de que las particulares limitaciones que enfrentan la mayoría de los jóvenes para estudiar, trabajar y formar una familia propia, en niveles de vida aceptables, poco tienen que ver con la condición juvenil, y mucho más con las propias condiciones de heterogeneidad estructural, marginalidad económica y desigualdad social bajo las cuales se reproduce el sistema social en su conjunto; y ante las cuales cierto tipo social de jóvenes constituyen –aunque numerosos– una víctima más. El no considerar este simple hecho,

⁷ Según se argumenta, los nuevos empleos en los sectores de servicios y las nuevas industrias, requieren de una mano de obra móvil y versátil, mientras que los procesos de ajuste de expectativas individuales son de más lenta asimilación.

debido seguramente al afán de destacar la particular autonomía o entidad a la problemática juvenil, podría explicar en parte la multiplicidad de causas y soluciones alternativas que emergen cuando se busca diagnosticar y corregir la particular vulnerabilidad social de los jóvenes.

En cuanto al argumento que afirma que el contexto económico constituye una precondition para una mejor inserción laboral de los jóvenes, el supuesto se hace falaz si se toma en cuenta que durante estos últimos cinco años –de extraordinario crecimiento económico- tales predicciones no parecen cumplirse –tanto en el país como en la región-. El crecimiento económico sostenido no ha mejorado la situación relativa de los jóvenes, y tanto estos como otros grupos de la población en situación de pobreza continúan enfrentando limitaciones estructurales para revertir sus condiciones de exclusión. En este sentido, el débil crecimiento económico se constituye en un argumento inconsistente, o al menos infructuoso, si se omite toda consideración sobre el modo desigual en que impactan los ciclos económicos sobre las clases y los sectores sociales, la estructura de oportunidades socio-económicas, y, más importante, sobre la creciente segmentación de la estructura del empleo ocurrida como resultado de la mayor heterogeneidad estructural que opera sobre el sistema productivo, las instituciones educativas, los mercados de trabajo y las formaciones sociales. Nada de esto es parte del diagnóstico, ni es de aparente interés de las políticas oficiales.

En referencia al enfoque que se centra en la importancia del capital educativo, cabe preguntarse -aunque sólo a modo de simple especulación-, en qué medida cabe esperar “de manera realista” una situación de pleno empleo juvenil en el caso de que todos los jóvenes alcancen las competencias escolares y profesionales necesarias para ocupar los puestos que demandan las empresas. La respuesta creemos es no, y sobra evidencia fáctica para demostrarlo. Por ejemplo, es conocido que la mayoría de los jóvenes actuales tienen más años de educación formal que las cohortes anteriores, sin embargo, la situación no mejora para una gran parte de ellos cuando su condición de clase los hace carentes de otros recursos sociales, teniendo incluso a veces elevada formación técnica o profesional. En realidad, la exclusión de una parte importante de jóvenes de los empleos de calidad parece ocurrir a través de mecanismos más complejos de diferenciación socio-económica, y sólo en segunda instancia por vía de las credenciales educativas o las calificaciones aprendidas.

Con referencia a la postura que se apoyan en la crítica a las políticas laborales y sugiere una serie de medidas de flexibilización y promoción del empleo juvenil, cabe destacar el hecho de que estas medidas han sido y siguen siendo aplicadas –tanto en el país como en la región-, y que nada se ha alterado, al menos en cuanto a mejorar la inserción de los jóvenes que más requieren de esta compensación. Al margen de las irregularidades que pueden generar la falta de controles públicos sobre los programas de pasantías y de formación profesional, hasta donde demuestra la evidencia disponible, se confirma que estas medidas llegan sólo a un segmento de jóvenes de clase media, y que, además, su impacto neto tiende a ser nulo en cuanto facilitar el ingreso a un empleo de calidad (al menos los resultados no justifican la elevada inversión que implican).

En cuanto al enfoque socio-demográfico, el problema en este caso no es la precisión de la observación sino no lograr diferenciar que el momento de ingreso de los jóvenes al mercado laboral depende de un factor de diferenciación socio-económica previo. La explicación dada, tal como es presentada en diferentes ámbitos, oculta trayectorias escolares y laborales muy diferentes. De hecho, son los jóvenes procedentes de familias pobres y residentes en espacios residenciales marginales –de manera independiente del nivel de instrucción y calificación alcanzado- los más afectados por las crisis y los menos favorecidos por los ciclos expansivos. Esto sin mencionar que las tasas de desocupación - tanto de jóvenes como de adultos- subestiman, tanto en situaciones de crisis como de expansión económica, los problemas de marginalidad económica de quienes no pueden permitirse estar sin empleo.

Frente a la postura que sostiene un desajuste entre expectativas, cultura juvenil y oportunidades laborales reales, cabe destacar que difícilmente quepa esperar algún tipo de “equilibrio” entre oferta y demanda en el mercado laboral “juvenil” cuando se combinan de manera desigual diferentes tipos de necesidades, expectativas y prácticas económicas. Entre otras limitaciones, este argumento parece olvidar que la mayor parte de las primeras experiencias laborales a las que ingresan los jóvenes reportan ingresos bajos, inseguridad laboral, permanentes amenazas de despido, relaciones personales abusivas, en fin, condiciones que no estimulan el aprovechamiento del potencial que tiene el trabajo para el desarrollo personal. La tensión entre expectativas y oportunidades reales existe sobre todo entre los jóvenes socialmente privilegiados que logran avanzar en una carrera técnico-

profesional. En cambio, para el resto –sin acceso a esta formación- no existe opción para la expectativa; la necesidad económica impone las reglas de ingreso, la tarea ocupacional y la movilidad laboral. Todo ello, generalmente, en un contexto de informalidad o marginalidad económica. Incluso, en estos casos, las altas tasas de rotación poco tienen que ver –tal como se cree- con decisiones voluntarias por insatisfacción de expectativas, sino mucho más con la precariedad de los puestos a los cuales pueden acceder estos jóvenes. Asimismo, la discriminación que afecta a los jóvenes no es generalizada ni es ajena a signos de distinción social. La evidencia es clara que son los jóvenes pobres los sectores sobre quienes pesa una particular estigmatización cultural.

ALGO SOBRE LAS POLÍTICAS QUE ABORDAN LA CUESTIÓN JUVENIL

La mayor parte de los diagnósticos oficiales tienden a reducir la problemática del desempleo y la desafiliación juvenil a la falta de competencias adecuadas, información o a un desajuste de expectativas por parte de los jóvenes. Si bien el problema no es extraño a las tensiones que enfrentan los sistemas educativos y de formación profesional, incluso el propio mercado laboral u otros campos donde interactúan los jóvenes, esta explicación resulta parcial ante la fuerza de los factores estructurales que parecen conducir a la pobreza a amplios sectores de la sociedad independientemente de su capital humano.

Pensar a los jóvenes como sujetos de políticas es un desafío que ha movilizó a los gobiernos del mundo desde hace al menos dos décadas. Por la urgencia y gravedad de los problemas de empleo e inclusión social, la temática de la juventud ha logrado instalarse en la agenda pública y se ha posicionado en diversos ámbitos de la vida social. En el caso de la Argentina, esta tendencia comenzó tardíamente a tomar fuerza en la década del noventa en el contexto de un ambicioso programa de reformas estructurales. De esta manera, durante la última década varios de los diagnósticos presentados arriba sirvieron como justificación para una amplia gama de propuestas de intervención que buscaron incidir tanto en la formación técnico-profesional como en la demanda de empleo hacia los jóvenes, y, en

menor medida, en dirección de corregir asimetrías de oportunidades y facilitar canales de acceso a una mejor inserción laboral (Jacinto 2000; Lasida, 2000; Salvia y Tuñón, 2003)⁸.

Sin embargo, es actualmente recurrente la afirmación a que el problema de integración que afecta a los jóvenes tiene como principal fuente la deficitaria calidad educativa. En la evaluación de este hecho adquieren especial relevancia las reformas estructurales de la década pasada, las cuales propiciaron el aumento de los niveles de escolarización de los jóvenes, lo cual sin embargo estuvo acompañado de menores niveles de inversión y una enorme fragmentación del sistema (Tedesco y Tenti Fanfani, 2002; Gallart 2003; Riquelme, 2004). En este sentido, el diagnóstico tiende a poner el acento en el déficit de formación que presenta el sistema escolar y de formación profesional, sea por la no actualización de los contenidos curriculares⁹, los déficit de infraestructura, la insuficiente cobertura o la segmentación de la oferta escolar (Gallart, 1995, 2000, 2003; Tedesco, 2002; Puiggrós A, 2003; Filmus y Miranda, 1999; Filmus, Miranda, Kaplan, Moragues, 2001; Narodowsky y Andrada, 2001; Jacinto, 2004; Riquelme, 2004; Tenti Fanfani, 2007). Según este enfoque, el problema no reside en primera instancia en el mercado laboral, ni tampoco en los desajustes de expectativas juveniles, sino en las políticas educativas, las cuales necesitarían de mayor presupuesto y decisión para encarar la tarea de renovar programas, ampliar la oferta, desarrollar la educación técnica, brindar formación profesional a jóvenes de sectores pobres, mejorar la formación docente, extender las becas escolares, etc., es fin, elevar la calidad pero también ampliando las oportunidades de enseñanza de los sectores más postergados.

En este marco, se han ensayado en los últimos años una variedad de programas compensatorios aplicados a atender los problemas de desempleo, rezago educativo y déficit de formación técnica que presentan los jóvenes. Sin embargo, sus logros reales en materia de inclusión laboral aún son insuficientes, a la vez que el número de jóvenes que logran acceder a estos beneficios sigue siendo limitado. La precariedad laboral y la falta de controles y regulaciones adecuadas siguen vigentes; y los problemas de cobertura y calidad

⁸ Varios de los artículos que se presentan en esta misma publicación se proponen dar cuenta del sentido y efectividad no sólo social sino también política de estas estrategias en condiciones estructurales de desigualdad de oportunidades y pobreza.

⁹ Las escuelas no están preparadas ni en su organización, ni en sus recursos económicos y pedagógicos para hacer frente a un nuevo paradigma de producción basado en el conocimiento (Tedesco, 2002)

de la enseñanza también representan un gran saldo deficitario. Por último, los programas focalizados de capacitación y becas escolares que no sólo se implementaron para atender la emergencia sino que aún prevalecen, han mostrado ser poco efectivos para generar una mejora significativa de la situación laboral de los jóvenes pertenecientes a sectores pobres.

Pero el argumento que está detrás de estas acciones resulta francamente insuficiente cuando se busca reformular la oferta educativa esperando resultados de mayor impacto distributivo sin poder tener intervención alguna sobre las condiciones económicas y político-institucionales más “estructurales” que mantienen a amplios sectores en la pobreza y al Estado en una situación de inoperancia social. En este sentido, creemos que resulta poco útil teorizar sobre los problemas de inserción de los jóvenes –incluyendo su formación escolar y profesional- al margen de las condiciones socio-económicas y de diferenciación social bajo las cuales los jóvenes transitan hacia la vida adulta. En este marco, cabe reconocer que el sistema educativo poco puede hacer para revertir la marginación laboral, social y cultural de los jóvenes afectados por situación de pobreza si de manera previa o conjuntamente no se transforman cualitativamente las condiciones bajo las cuales se produce el aprendizaje y los procesos sociales de transición hacia la vida adulta.

Bajo el régimen económico y social vigente –incluso en el contexto actual de crecimiento-, el conjunto de los jóvenes no tienen las mismas oportunidades de continuar estudios, ni todos pueden acceder a una misma educación, ni tienen la misma necesidad de disponer de un ingreso ni presentan iguales urgencias de emancipación. Son los jóvenes con menores credenciales sociales los que, movidos por la necesidad, ocupan primero el espacio del mercado laboral; a la vez que son los últimos en obtener –de manera excepcional- un trabajo de relativa calidad. En un sentido contrario, los jóvenes de sectores medios prolongan y extienden su ingreso al mercado laboral hasta una vez finalizados sus estudios, nutriéndose durante ese período de variadas experiencias laborales que por más que resulten negativas harán poca mella en su futuro. La combinación fructífera de estudio y trabajo es un privilegio al que sólo pueden acceder los jóvenes de hogares económicamente más aventajados. Mientras tanto, el mundo de la pobreza continúa generando situaciones endémicas y permanentes de deterioro físico y psicológico. Estos jóvenes saben que la escuela –aunque esta mejore su calidad, modifique sus contenidos y amplíe la oferta- no está hecha para ellos, o, al menos, ellos no están hechos a su medida. En este marco,

emergen de las sub-culturas juveniles de la pobreza tanto formas radicales de autoexclusión como de victimización.

Esta situación se expresa en una segmentación social de las experiencias de educación y de acceso a redes de vinculación con el mercado de trabajo. Todo ello parece afectar no sólo a los trayectos educativos y laborales sino también a las propias representaciones sociales que hacen los jóvenes frente a sus logros o fracasos en uno y en otro campo. En los grupos focales con jóvenes de barrios pobres en un municipio del conurbano estudiado por esta investigación, surgieron cuatro discursos diferentes respecto al vínculo entre la educación y el trabajo. En una situación de baja escolaridad y escasa presencia en el mercado laboral, se registró una disposición discursiva favorable a la formación educativa en donde la inserción laboral es concebida como complemento de este objetivo fundamental. Estos jóvenes que debieron abandonar estudios por dificultades económicas o familiares, enfatizaron en la necesidad de terminar su enseñanza secundaria, ya que de otro modo será muy difícil alcanzar algún puesto de trabajo, por precario que éste sea. Otros jóvenes, de bajo nivel de escolaridad, pero que gracias al uso de redes sociales y la agencia personal habían podido integrarse -aunque de manera precaria- en el mercado del trabajo presentaron un discurso de carácter meritocrático. En este caso, el capital cultural resulta ser prescindible (no existe la exigencia inmediata de completar estudios) ya que el esfuerzo personal suple tal déficit y el énfasis se pone en la dimensión actitudinal y en la confianza en el propio esfuerzo permite salir adelante. Finalmente, entre jóvenes de estos barrios pobres que habían desarrollado ciertas credenciales –terminado estudios secundarios- y contaban con capital cultural pero que tenían problemas de integración en el mercado laboral, si bien se otorgaba importancia a las credenciales y a la capacitación laboral adicional, también se manifestaba una particular desvalorización en las propias capacidades, así como cierta frustración en cuanto a los logros alcanzados y posibles de realizar en materia de trayectoria laboral.

Un dato parcial pero de no menor relevancia, es que bajo este campo de representaciones de un grupo de jóvenes sometidos a condiciones de origen similares, pero educativas y laborales diferentes, no emergió ninguna representación colectiva optimista en cuanto al futuro laboral y social que les esperaba. En todos los casos, los grupos de jóvenes pusieron en algún momento del debate la tensión entre un discurso meritocrático –al cual responden con la disposición de hacer esfuerzos y sacrificios personales para avanzar en su educación

e inserción laboral – y una realidad del mercado de trabajo en que los contactos personales y las recomendaciones frecuentemente juegan un gran papel para el acceso a empleos atractivos. No deja de ser paradójico que ante dificultades como las descritas, las políticas oficiales siguen insistiendo en enfrentar el problema por medio de reformas educativas, sistemas de certificación de competencias, programas de capacitación laboral y/o el abaratamiento de los costos de acceso a los canales de intermediación y selección.

El resultado es la constitución de amplios segmentos de hogares vulnerables, pobres estructurales y nuevos pobres con amplia presencia de jóvenes que carecen de las credenciales educativas, sociales y laborales requeridas por los “buenos empleos”. Para ellos, la inestabilidad y precariedad laboral, los bajos ingresos, las malas condiciones de trabajo, la ausencia de una carrera laboral, etc., no sólo constituyen un rasgo de juventud sino un porvenir casi seguro en la vida adulta. Al mismo tiempo que en los hogares de sectores medios o altos, los jóvenes no sólo acceden a dichas credenciales y calificaciones sino que además se hacen de recursos adicionales que les permiten –más tarde o más temprano- estructurar trayectorias profesionales de éxito. A esto cabe sumar que tales desigualdades tienden a ampliarse frente a la aparición de circuitos no formales de privilegio en donde se combinan recursos económicos, socio-culturales y redes sociales que facilitan el acceso a información y a capitales simbólicos complementarios.

Obviamente buena parte de la “paz social” y de la vitalidad del sistema político democrático que sostiene la vida en sociedad -aunque paradójicamente se mantenga todavía incumplida la promesa del desarrollo-, dependen de la extensión y calidad que alcance el campo de la educación. Pero el cumplimiento de este papel sólo es posible si se garantiza una formación de excelencia para todos los jóvenes, y en particular, en dirección a compensar el déficit que sufren los sectores más rezagados. Ahora bien, si bien corresponde implementar políticas compensatorias creíbles y efectivas en materia educativa, no por ello cabe esperar que se resuelvan gracias a ellas las fallas estructurales generadas por el débil y segmentado crecimiento económico, la reproducción intergeneracional de la pobreza y la distribución desigual de la riqueza y de los recursos de progreso social. Todo lo cual tiende a reflejarse –cabe una vez más reiterarlo- en las desiguales condiciones de enseñanza y aprendizaje que reciben niños, adolescentes y jóvenes de distintas clases sociales. Es decir, sólo con mejores políticas educativas no se

resuelven las trabas socio-económicas que actualmente inhabilitan a la educación para cumplir su función social.

Las promesas de movilidad que ofrece el sistema educativo, así como los protocolos que deben ser transitados para acceder a un buen empleo, pierden principio de realidad cuando un joven de una familia pobre se enfrenta con la urgencia de dejar el costoso y frustrado mundo de la escuela para convertirse en el “principal sostén del hogar” o en un “trabajador adicional” con el objetivo de contribuir al sostenimiento del grupo familiar. De esta manera, cabe terminar este apartado reiterando que los tan mentados problemas de competencias educativas, inserción laboral e integración social que afectan a los jóvenes, son en realidad –vistos desde el enfoque propuesto- consecuencias de “condicionamientos de clase” sobre las cuales poco puede hacer las políticas laborales y educativas actuales.

LOS APORTES DE ESTE LIBRO A LA REVISIÓN DEL PROBLEMA

Tal como hemos dicho, la presente obra tiene por objetivo ampliar la mirada sobre la cuestión juvenil en la Argentina, sin dejar de considerar sus vínculos con las políticas públicas supuestamente dirigidas a mejorar las condiciones de inclusión social de los jóvenes a través de la educación y la capacitación laboral. En función de ello, la presente obra se organiza en cuatro bloques temáticos, que reúnen artículos afines que en todos los casos adhieren y aportan al debate en torno a que el principal problema juvenil no es ser joven sino las desigualdades de oportunidades –objetivas y subjetivas- de serlo.

(1) En el primer bloque, “**Panorama de la Situación Juvenil en la Argentina**”, se abordan a través de indicadores de estratificación social y socio-residenciales los trayectos socio-laborales y educativos de los jóvenes en la Argentina actual. Se reúnen aquí tres artículos. El primero de ellos se titula “*Educación y trabajo: un estudio sobre las oportunidades de inclusión de los jóvenes tras cuatro años de recuperación económica*”, elaborado por Agustín Salvia, Vanina van Raap, Cecilia Tinoboras y Juan Bonfiglio. En este trabajo se confronta -a partir de un riguroso análisis estadístico usando datos de la Encuesta Permanente de Hogares del INDEC- con los supuestos que sostienen que el capital escolar constituye el principal determinante de los logros socio-ocupacionales y educativos de los jóvenes. En segundo lugar, se presenta el artículo titulado: “*Segregación*

residencial socioeconómica y espacio social: Deserción escolar de los jóvenes en el Área Metropolitana de Gran Buenos Aires”, elaborado por Agustín Salvia y Pablo De Grande, el cual avanza en el mismo sentido que el primero, pero en este caso enfatizando -con base en datos censales y para el área metropolitana del Gran Buenos Aires- en el rol del espacio residencial como espacio que condensa diferencias y distancias sociales asociadas a las oportunidades de acceso y permanencia educativa de los jóvenes. En tercer lugar, se presenta el artículo: *“La situación social de los jóvenes: postergación y autonomía”*, de Ana Miranda, Analía Otero, Agustina Corica; en el que se evalúan en perspectiva histórica los principales indicadores laborales y educativos de la población joven entre 1970 y el 2001, mostrando de este modo los cambios que se fueron sucediendo en la situación de diferentes generaciones de jóvenes en los últimos 30 años.

(2) En el segundo bloque **“Cuestión de Estado: Políticas de Capacitación y Empleo para Jóvenes”** se investigan los alcances explícitos y latentes de una serie de instrumentos en materia de políticas de capacitación y empleo que han tenido a la población joven de hogares como su objeto de intervención. El análisis busca comprender las racionalidades y lógicas de construcción política que se esconden en los fundamentos e idearios que justifican su puesta en escena. Se reúnen también aquí tres artículos. El primero de ellos se titula: *“Entre décadas: el caso del proyecto joven y el programa incluir. ¿rupturas o continuidades en los principios orientadores?”*, por Samantha Schmidt y Vanina van Raap. En este trabajo se analiza en perspectiva comparada y a partir de un análisis de contenidos de documentos públicos, el diseño de dos programas destinados a los jóvenes, el Proyecto Joven y el Programa Incluir, dos modelos representativos de contextos macroeconómicos y discursivos diferenciados. A partir del análisis de estas experiencias en materia de programa de capacitación, se busca describir la magnitud y características del cambio en la orientación de las políticas e intervenciones sociales actuales respecto de las que prevalecieron en los años noventa. En segundo lugar, se presenta el artículo titulado: *“¿Todo para la banca? Lógica y racionalidades de los agentes del campo estatal tras las reformas de segunda generación. Un estudio de caso”*, de Luciana Fraguglia y Pablo Molina Derteano. En este artículo se exponen los resultados de interrogar en clave “político-ideológica” el proceso de implementación del Programa “Incluir”. El trabajo hace evidente como las transformaciones en el interior del Estado, en tanto campo de luchas

políticas, se expresan en las acciones concretas de los actores que trascienden el nivel de la implementación. El tercero de los artículos se titula: ***“El desarrollo local puesto a prueba. La Gestión de un Programa en un municipio del conurbano bonaerense”***, elaborado por Gabriela Lozano. En este caso se hace un aporte -desde un enfoque etnográfico- a la mejor comprensión de los procesos sociales y políticos de construcción real de políticas públicas a nivel local, mostrando su limitado alcance dada la compleja trama de intereses y motivaciones que mueven a los actores. Para ello se ofrecen los resultados observacionales y reflexivos logrados a partir de una práctica prolongada de activa participación en círculos y actividades vinculadas con la implementación del Programa Incluir en un espacio local municipal.

(3) En el tercer bloque **“Jóvenes y Políticas Públicas: Diálogos Inciertos, Rupturas Manifiestas”** ofrece una evaluación del alcance, las contradicciones e impacto final de la aplicación del Programa Incluir en el marco de su aplicación en un municipio del conurbano bonaerense tomado como estudio de caso. Los estudios apelan tanto a métodos cuasi-experimentales y estadísticos de evaluación, como a una aproximación más abarcadora en donde se indaga la perspectiva de los propios actores involucrados. En primer lugar, se presenta un artículo titulado: ***“Los jóvenes pobres como objeto de políticas públicas: ¿una oportunidad para la inclusión social?”***, elaborado por Ianina Tuñon y Agustín Salvia. En este artículo se resumen aspectos metodológicos y resultados de un experimento social diseñado para evaluar el impacto del “Programa Incluir” sobre las oportunidades de afiliación socio-laboral de jóvenes pobres, que no estudian, ni trabajan y o tienen inserciones precarias en el mercado de trabajo, en el intento de aportar elementos de juicio que aporten a una mejor comprensión del sentido y alcance de las políticas públicas que intentan dar respuesta a los problemas de exclusión juvenil, y evaluar su pertinencia y eficacia. En segundo lugar, se presenta un artículo que se titula: ***“Las barreras para la construcción de proyectos de educación y formación para el trabajo: análisis de la fragmentación de las políticas y las necesidades educativas de los jóvenes”***, de Natalia Herger. En este artículo se abordan las percepciones juveniles en torno a las necesidades y dificultades que encuentran para acceder a la educación y formación para el trabajo. Paralelamente, se realiza un análisis de las políticas de educación y formación implementadas en la última década; y se esbozan algunas propuestas de acciones para

mejorar las oportunidades educativas de la población. Por último, el tercero de los artículos se titula: ***“Juventudes fuera de foco: (Des) vinculaciones en torno al desarrollo de un programa para la inclusión”*** de María Laura Raffo, Victoria Salvia Ardanaz y Diego Quartulli. En este artículo se avanza sobre la comprensión profunda de los procesos de integración social de los jóvenes en condiciones de pobreza beneficiarios del Programa “Incluir”. En este sentido, se analiza el lugar que ocupan en el acontecer y representaciones de estos jóvenes los canales tradicionales de integración social -la educación y el trabajo- y nuevos emergentes entre los que se evalúa especialmente la experiencia del Programa “Incluir”. En todo el análisis se rescata la relevancia de la perspectiva de género, la división de roles familiares y la impronta de la segregación territorial.

(4) Por último, el cuarto bloque **“Miradas Sobre el Futuro: Representaciones Juveniles en Contexto de Pobreza”** expone, a modo de expresiones simbólicas, las representaciones juveniles en contexto de pobreza. La relación que establecen con diferentes espacios sociales, los modelos biográficos que internalizan como “normales”, los imaginarios de movilidad social ascendente; las expectativas juveniles acerca de los logros que pueden alcanzar en el futuro; los discursos institucionales de que se apropian y cómo éstos fomentan sus capacidades resilientes, o bien contribuyen a la internalización de atributos estigmatizantes. Un primer artículo titulado ***“Estigmatización, resiliencia e integración en jóvenes en estado de vulnerabilidad”***, elaborado por Damián Setton. Las preguntas de investigación que estructuran este artículo son: ¿cómo se piensan los jóvenes en estado de vulnerabilidad en relación al mundo y a los modelos biográficos internalizados como “normales”?, ¿de qué discursos institucionales se apropian y cómo éstos fomentan sus capacidades resilientes, o bien contribuyen a la internalización de atributos estigmatizantes? En el marco de estos interrogantes generales, se analiza de modo más puntual la construcción de sentido en torno a dos experiencias diferentes como el embarazo en mujeres jóvenes y la conversión religiosa. El segundo artículo se titula, ***“Jóvenes en contexto de pobreza: el tránsito por la escuela y su efecto en la capacidad de pensar proyectos personales”*** de Ianina Tuñon. En este artículo se explora a través de un ejercicio empírico, una hipótesis que considera que la experiencia escolar estimula en los jóvenes un determinado tipo de intenciones sobre su futuro. Más específicamente, se busca evaluar en qué medida en contextos de pobreza estructural, segregación educativa y otras procesos sociales

que afectan especialmente a los jóvenes, la mayor o menor escolarización como procesos de educación y socialización, estructura de modo diferente la capacidad de pensar proyectos personales. El tercero y último artículo del apartado y libro, se titula: “*¿La ruta del peregrino? Los imaginarios de movilidad social ascendente de los jóvenes de sectores populares*” de Pablo Molina Derteano. En este artículo se propone una reflexión crítica de la dificultad de plantear la idea de planeamiento para reemplazarla por el análisis de representaciones a través de dos ejes complementarios: figurativo y discursivo en el análisis de los imaginarios de movilidad social ascendente en jóvenes. Entre los hallazgos se destaca que los jóvenes representan los canales de movilidad social ascendente o descendente como una serie de elecciones a tomar, sin tener en cuenta las diferentes estructuras de oportunidades para diferentes contextos sociales.